

## CARACTER DE MADRID Y PERSONALIDAD DEL MADRILEÑO

España en miniatura, que dijo Mesonero Romanos; Madrid, confusión y regocijo de las Españas (Galdós); remolino de España, rompeolas de las cuarenta y nueve provincias españolas (A. Machado); pura actualidad de la historia de España (Lain). Cuántas citas como estas podríamos recoger con tiempo y perseverancia. Pero lo que nos interesa es afirmar la unanimidad que ha existido al considerar a Madrid como espejo, reunión, crisol, reflector del haz de rayos que en él inciden desde toda España y de él salen convertidos en foco de luz blanca e indistinta. La luz de Madrid es blanca, luz diamantina de altura, que ha perdido el color, no por defecto de sustancia cromática, sino por sobra de ella. Pasa con Madrid lo que con la luz solar, que para analizarla es menester que se refracte en un prisma capaz de darnos el espectro. El espectro de Madrid es España, y sus colores, las diversas regiones históricas, que juntas se neutralizan o se componen en luz blanca.

Partiendo de esto, se comprenderá lo difícil que es analizar a Madrid o al madrileño. En cualquier intento se nos escapan de las manos, y si tratamos de encontrar su verdadera y radical realidad, nos hallaremos con los componentes y perderemos de vista el compuesto. Y Madrid y el madrileño son entes compuestos y no simples. Si Madrid fuera una ciudad catellana, en Castilla y en la psicología del castellano hallaríamos la explicación de la ciudad y sus habitantes; pero Madrid, sin dejar de ser una ciudad castellana, es algo más que eso: es una ciudad que está en Castilla —eso sí—, pero que se sostiene casi en vilo sobre los escudos de las provincias, como el capitán de antaño era elevado en triunfo sobre los escudos de sus soldados.

Es posible que esto no sea del todo privativo de Madrid y que corresponda tal situación a las restantes capitales políticas por el

hecho de serlo. Pero ha de considerarse que entre las capitales políticas las hay de muy diversas clases. Fawcett (1) citaba cinco clases de capitales. Primero, aquellas que se han formado en el nudo dominante de una región natural. Estas son las capitales naturales. Ejemplo: París, El Cairo, Budapest, Belgrado, Moscú, Copenhague, Méjico y Londres. Segundo, las que se apoyan en una frontera principal con vistas al exterior, como Edimburgo, Pekín, Delhi y Leningrado. Tercero, las que fueron lugar de entrada o primer establecimiento de conquistadores o colonizadores: Calcuta, Melbourne, Dublín, Alejandría, Río de Janeiro, Buenos Aires, Sydney y Ciudad del Cabo. El cuarto grupo lo componen las capitales artificiales (las que pudiéramos llamar pura y exclusivamente políticas); entre éstas, Fawcett cita a Wáshington, Ottawa, Camberra, La Haya, Madrid, Berna y Berlín. Por último, el quinto grupo es el de aquellas capitales situadas en importantes nudos de rutas comerciales, aunque no sean foco de una región natural. Ejemplos: Estambul y Viena.

En general, antes de la revolución industrial las capitales políticas solían coincidir con centros económicos dominantes, ya que las fáciles comunicaciones eran convenientes tanto al comercio como al control político. La capital artificial es en realidad un fenómeno moderno, pues gracias a los nuevos medios de comunicación y transporte ambas funciones pueden separarse. Sin embargo, como excepción de esta regla, que hace a Madrid excepcional, tenemos en este caso una capital que, siendo artificial, es a la vez antigua. Madrid, pues, es la primera capital artificial que se establece en el mundo. Felipe II, al instituir la villa de Madrid como sede de su Imperio, inventa un tipo de capitalidad que mucho después será imitada por los pueblos más jóvenes y modernos. Madrid resulta excepcional entre las capitales de su tiempo por ser artificial, y entre las modernas capitales artificiales por ser antigua. Madrid es, por tanto, un caso único.

La artificialidad de Madrid ha sido —por lo menos hasta ahora— una invariante histórica de la ciudad. Esta peculiaridad de Madrid ha determinado, a lo largo de los años, tanto su forma y estructura física como su espiritualidad, influyendo decisivamente en el carácter y personalidad de sus habitantes. Madrid es una ciu-

---

(1) C. B. FAWCETT, «The Position of some Capital Cities», citado por N. P. GIST y L. A. HALBERT en *Urban Society*, N. Y., 1942, pág. 21.

dad compleja porque no es una ciudad con base sólida en un medio natural y pertenece en grado superlativo a la totalidad de la nación; pero lo que de complejidad tiene por sus componentes, acaso tiene de simplicidad por su función. Podríamos decir que Madrid es una ciudad constitutivamente compleja, pero funcionalmente simple. Funcionalmente simple por su dedicación exclusiva a la función de capitalidad, no sólo en un sentido político, sino en un sentido más amplio y trascendente de dirección espiritual del país.

Los madrileños son madrileños en cuanto función, no en cuanto constitución. Por consiguiente, si queremos buscar sus rasgos diferenciales, en contraste con los de los hijos de otras regiones o ciudades de la península, tenemos que acudir a la función. En pocas palabras, podría decirse que no hay madrileños, pero hay una manera de ser madrileños. Ser madrileño, en otros términos, es un estilo de vida. No podemos, pues, acudir a distinciones raciales, étnicas, regionales, etc., porque entonces nos encontraremos con que el madrileño al que considerábamos típico no es sino un celta, un astur, un andaluz, un levantino o un vasco, y el tan buscado madrileño se nos irá de las manos cuanto más intentemos retenerlo.

El hecho de una capitalidad tal y como la nuestra ha sido planteada ha tenido hondas repercusiones, no sólo para sus mismos vecinos, sino para España como totalidad. Los provincianos, sobre todo los de las provincias prósperas y trabajadoras, han tenido una actitud injusta frente a los madrileños, a los que por su falta de base económica consideraron y consideran como parásitos de la España productora, sin darse cuenta de que esa falta de base económica era una fatalidad a ellos impuesta cuando les cargaron con el duro fardo de la capitalidad en las condiciones que van dichas. La situación del madrileño es la de ese empleado de cortos emolumentos que, sin embargo, ha de vestir el cuerpo para vestir el cargo. Uno de estos tipos de que está llena la historia real y literaria de Madrid. Don Benito Pérez Galdós, en su inmensa galería de personajes madrileños, recayó frecuentemente en ejemplares de esta especie, buena prueba de que la capital los ofrecía con prodigalidad: Federico Viera, apuesto mozo y mimado de los salones, con su oculto fondo de vida oscura y estrecha; Bringas, el funcionario ejemplar cuya mujer todo lo cifra en aparentar; el cesante crónico Ramón Villamil, de la novela «Miau»; el politicastro bohemio Juan Pablo Rubín; el desdichado Ido del Sagrario y tantos

otros, víctimas del clima moral y de las exigencias de Madrid. Personajes del quiero y no puedo, blanco de la sátira madrileña de siempre. Pero lo que había que ver es si esto ha sido para el madrileño un gusto o una obligación ya fatalmente predeterminada cuando se tuvo la humorada de fundar una capital en los míseros campos carpetanos.

España como totalidad ha sufrido también, de rechazo, la influencia de Madrid, de un Madrid capital artificial y a veces un tanto frívolo. Una frivolidad asimismo determinada por su propia manera de ser, por la artificialidad a que fué condenado y que en general acusan los hombres sensibles y auténticos que a Madrid llegan, entre ellos todos los del noventa y ocho. Unamuno, Ganivet, Azorín, Valle-Inclán, Baroja, Machado, Maeztu y Benavente, todos, salvo el último (madrileño, pero de padre murciano), son provincianos y todos señalan al llegar a Madrid la náusea que les produce la vida frívola de la corte. A Unamuno le parece un «centro productor de ramplonerías, vasto campamento de un pueblo de instintos nómadas, del pueblo del picarismo» (2). Antonio Azorín, el personaje de *La Voluntad*, nombre que adoptará luego como seudónimo el escritor, «abandonó el pueblo y vino a Madrid. En Madrid su pesimismo instintivo se ha consolidado; su voluntad ha acabado de disgregarse en este espectáculo de vanidades y miserias... Lo que le inspira más repugnancia es la frivolidad, la ligereza, la inconsistencia de los hombres de letras (de Madrid, se entiende)» (3).

Sin embargo, estos hombres parece que, repartidos en la España periférica, a una misteriosa señal salen disparados como rayos para unirse en el cóncavo reflector de Madrid, en el que sus espíritus se conjugan en único movimiento intelectual, que posiblemente nunca hubiera sido si cada uno de ellos hubiese cultivado su pequeño jardín y terminado sus días de patriarca venerable como «Mistrales» del dialecto. Con anterioridad a esta generación, las letras españolas —y en España la cultura depende en gran parte de las letras— tenían un cierto carácter regional y dialectal. Eran los tiempos de Rosalía de Castro, de Antonio de Trueba, de Clarín, de José María de Pereda, de Palacio Valdés, de Jacinto Verdaguer y

(2) M. DE UNAMUNO, «Ciudad y Campo», *Ensayos*, Ed. Aguilar, Madrid, 1923, pág. 355.

(3) AZORÍN, *La voluntad*, Ed. Renacimiento, Madrid, s. a., pág. 147

de Maragall. En este momento, Madrid se hace a su vez regionalista; puede decirse que se repliega sobre sí mismo y parece que va a renegar de su irrenunciable función. Es la hora del Madrid costumbrista, del Madrid que intenta crearse una figura castiza y autóctona de una manera forzada y teatral (4). En el Madrid de Ricardo de la Vega, de Barbieri y Chueca, y más tarde, de López Silva y Arniches, han creído encontrar los madrileños *su* Madrid; pero la verdad es que cuando Madrid parecía más sí mismo es cuando en realidad lo era menos. Madrid fué recuperado por Galdós —su evangelista, como lo llamó Unamuno (5)—, y luego por la generación del noventa y ocho en pleno, que llegó a darse cita en Madrid, nuestra gran encrucijada nacional, y empezó por sentir la náusea de la frivolidad madrileña. Pero si estos hombres se hubieran encontrado con una ciudad densa, laboriosa y rígida, hubiesen sido despedidos hacia sus rincones. En cambio, aquella ciudad escañalada y frívola, porosa e irresponsable, que se reía de sí misma, tenía, sin embargo, un generoso poder de atracción y pudo volver a ser levadura de España. España le debe esto a Madrid.

Hace tiempo que no es Castilla la entidad rectora que fué cuando se formó la nacionalidad española. Cada vez más seca, triste y pobre, ha ido perdiendo, al correr del tiempo, vitalidad y energía. Hoy en día, la rectoría castellana ha pasado a Madrid, y si esta capitalidad artificial no se hubiera fundado con la antelación que lo hizo Felipe II (1561), es posible que Castilla hubiese sucumbido del todo. España puede compararse a una rueda cuya llanta es la periferia y cuyo cubo es Madrid; en medio, el vacío que dejan los radios, que van del centro a la periferia o de la periferia al centro, como se quiera.

Cada vez se acusa más un *hinterland* vacío entre Madrid y el litoral. Las comunicaciones vitales se establecen en España mediante grandes saltos, entre Madrid, Barcelona, Bilbao, Sevilla, Asturias o Levante. Los aviones saltan desdeñosos sobre la curtida y reseca piel de Castilla; los *sleepings* cruzan de noche una tierra dormida en doble sueño; los automóviles pasan rápidos, deteniéndose algún tiempo en los paradores de turismo, que son como asépticos enclaves de «civilización». Lo vital, lo enérgico, lo nuevo de España desconoce a Castilla. Cuanto más se apague la vida de nuestra

(4) J. CAMÓN AZNAR, *Revista de Ideas Estéticas*, XI. pág. 294.

(5) M. DE UNAMUNO, *Cuenca Ibérica*, México, 1943, pág. 34.

meseta, más pujante crecerá Madrid. ¿Es Madrid la sanguijuela de Castilla, o es el resultado de la atonía y relajación castellanas? Grave problema. La verdad es que el Madrid que hoy vemos crecer con un poco de zozobra e inquietud es un hecho a que ha conducido una cierta manera de estructurar la patria como rueda, con un eje central creado artificialmente. ¿Nos conducirá esto demasiado lejos? La función que Madrid ha cumplido, mejor o peor, pero siempre con una fina soltura y benévola comprensión hasta el final de la segunda guerra europea, ¿la podrá seguir cumpliendo en el porvenir multitudinario a que un sino fatal le arrastra? Ya hemos dicho que el madrileño es un ser funcional en cuanto Madrid lo que hace es cumplir una función en España. Si esa función cambia o simplemente deja de cumplirse, el ser psíquico y moral del madrileño, su carácter y su personalidad, vendrán a ser profundamente afectados y aparecerá sobre esta centrípeta ciudad un hombre nuevo que ya apunta, pero cuyas formas todavía no pueden concretarse del todo; un hombre que por ahora tiene menos de diferente que de común al de otras aglomeraciones urbanas de semejante porte: un hombre *standard* de la sociedad urbana de hoy. En efecto, vamos camino de que desaparezca el carácter típico, aplastado por la invasión amorfa. Quizá puedan quedar en lo futuro algunos pequeños núcleos escogidos libres de la dilución; no lo sabemos. El siglo pasado Madrid iba creciendo con aportaciones provincianas —ya lo hemos dicho—, pero esta inmigración tenía generalmente alguna calidad y se verificaba a un ritmo que permitía la asimilación al carácter madrileño, cortésano, intelectual y distinguido: el forastero se acomodaba a Madrid, se madrileñizaba; y lo hacía con gusto porque en Madrid encontraba también calidades superiores: *finura*, buen estilo, imaginación, viveza mental. Las aportaciones actuales, en cambio, se producen en medida de invasión o avalancha, y la masa de forasteros ya no se acomoda a Madrid, ya no puede absorberla Madrid, y entonces impone su carácter gregario, amorfo y sin calidad; es decir: Madrid es quien se acomoda a ella.

Tenemos, pues, que referirnos al madrileño de nuestro próximo pasado si queremos hallar los rasgos diferenciales que lo definen; un tipo de madrileño que, desde luego, por ser del pasado no ha desaparecido todavía, aunque en el presente apunte otro menos característico e interesante, quizá por estar en período de plasmación. El madrileño típico a que nos referimos, ¿perdurará

junto con el madrileño nuevo en lo porvenir? No descartamos, desde luego, esta posibilidad, que llevaría consigo una mayor complejidad funcional de la urbe. Ya dijimos que Madrid era y es un compuesto desde el punto de vista de la procedencia y variedad de sus habitantes, pero un elemento simple desde el punto de vista funcional. En esta univocidad reside, a nuestro juicio, el carácter del que llamamos madrileño típico. Si éste ha de perdurar junto con otro u otros tipos de psicología colectiva, es que las funciones también se habrán multiplicado: la urbe será constitutiva y funcionalmente compleja.

Ahora bien: una ciudad históricamente simple como Madrid, capital artificial de un Imperio, de una Monarquía luego, de una Nación después, ¿tiene sentido que se convierta en una urbe multifuncional, política, industrial, manufacturera, comercial, agrícola, etc., o es un contrasentido que al final dañe a la propia estructura de la ciudad y cueste un enorme esfuerzo a la nación? El crecimiento de Madrid, crecimiento inorgánico y aluvial que no puede conducir a nada bueno y que, al parecer, sólo satisface a los que aprovechan todas suertes de agio, o a los ingenuos que se dejan alucinar por las metrópolis millonarias, o a los políticos que confunden la prosperidad y vitalidad de las naciones con el gigantismo de sus urbes, ha hecho que recientemente se fundaran industrias que hubieran requerido emplazamientos más adecuados (más cerca de las fuentes de energía). Otro ejemplo: últimamente se promueven en Madrid unas «Ferias del Campo» o certámenes agrícolas, que son otro exponente de esta tendencia por diversificar las funciones de Madrid. ¿Tiene todo esto sentido? A nuestro juicio, esto sólo puede conducir a depauperar más la España interior y a perjudicar a Madrid colmándolo de elementos congestivos que, dado el caso, pueden llegar a dañar la única función la de capital política y espiritual que —con todos los defectos que se quiera— venía cumpliendo Madrid.

Madrid es una ciudad en evolución, lo que hace doblemente difícil tratar de dibujar su retrato y el de sus habitantes. Vamos, pues, a empezar primero por hojear el viejo álbum de familia.

## LA PERLA DEL DESIERTO

Mesonero Romanos, en uno de sus cuadros del «Panorama Matritense», relata la llegada de un pariente andaluz a Madrid, entrando por el puente de Toledo. «Y bien, primo mío —le pregunta el cronista—, ¿qué te parece del aspecto de Madrid?» «Que se puede decir de él lo que de Palmira, que es la perla del desierto» (6). Después, diversos viajeros han dicho algo por el estilo, y entre ellos Keyserling, que al contemplar Madrid le pareció la reencarnación de la capital de un Gengis-Kan nómada y guerrero. Madrid la capital de un pueblo nómada que ha escogido el yermo absoluto para no comprometer su nomadismo (véase la cita de Unamuno de la página 5). «Campos terreños, sin verdura, que se encaran con el cielo desnudo; campos sedientos que se abren en socavones y cárcavas» (7). La urbe queda flotante en el vacío y de la civilidad se pasa abruptamente a una arcaica ruralidad. Por eso a veces Madrid parece un lugar, un lugar de la Mancha, como el del nómada Don Quijote. «Se le siente —el lugar— cuando a la hora del alba se ve cruzar un rebaño de ovejas por ese cordel de la Mesta que es el Paseo de la Castellana» (8). En Madrid penetran a veces, como oleadas rurales, hijos pequeños de los campos carpetanos y manchegos que son como los rebaños y se mueven, como ellos, tímidamente, en grupos, dentro de la inmensa urbe flotante. Ellos también, como todos, flotan en esta ciudad crucial en la que todos se encuentran un poco nómadas, en provisionalidad, sin raíces. Existe en Madrid una curiosa manera de asociación, todavía sin estudiar, que reúne a los paisanos de la España rural circundante en pequeños grupos, que escogen para ello lugares diversos de la ciudad: la Plaza Mayor, la acera de poniente de la Puerta del Sol, la Plaza de la Independencia, etcétera. Allí las criadas de servicio, los soldados, los dependientes y aprendices recién llegados del pueblo forman pequeños mundos locales que se advierten por sus colores chillones y por sus risas sonoras. Estos grupos representan la distancia infranqueable que existe entre el Madrid civil y el Madrid rural y nos dan, más que

---

(6) R. MESONERO ROMANOS, *Escenas Matritenses*, Ed. Aguilar.

(7) M. DE UNAMUNO, *Cuenca Ibérica*, pág. 59.

(8) *Ibid.*, pág. 75.

nada, la medida de la artificialidad de la urbe y de la falta de aquellos estratos intermedios que sueldan las ciudades al medio natural.

Azorín ha hecho atinadas alusiones a la luz y al clima de Madrid y a la influencia que éste ejerció entre los hombres de su tiempo y los escritores de su grupo. Se refiere a cartas de Castellar cuando habla de la nitidez del cielo de Madrid, no visto ni en Venecia ni en Roma; a los estudios del doctor Cazenave cuando considera que los cambios bruscos de temperatura motivan en el madrileño irritabilidad de carácter, inquietud de humor, desasosiego nervioso; a los del docto Hauser, que explica cómo la altitud de la capital tonifica el organismo, favorece a las constituciones linfáticas, que necesitan un aire seco y agitado, y perjudica o excita a los dotados de una gran impresionabilidad del sistema nervioso (9). Resume Azorín así las características del madrileño: «El madrileño, inteligencia viva y sutil, es analítico e irónico. No se deja candorosamente alucinar. Su espíritu de análisis le lleva a la oposición. La oposición en Madrid flota en el aire.» Luego, Azorín aplica estas características a los escritores de su grupo, la generación del 98. «Tal espíritu de oposición era el espíritu de los escritores del consabido grupo. Y el desasosiego doloroso que señala el climatólogo francés (Cazenave), era su desasosiego. ¿Ellos eran así y otros en el mismo ambiente no lo habrían sido? ¿Ellos habrían llevado al arte esas características? En la aparición y desenvolvimiento de una estética, las circunstancias sociales e históricas son también factor esencial.» Azorín coincide con lo que años antes había dicho Mesonero Romanos: «Los hijos de Madrid son, en general, vivos, penetrantes, satíricos, dotados de una fina amabilidad y entusiastas por las modas. Afectan las costumbres extranjeras y desdennan las patrias» (10). Viveza, sutileza, sátira e ironía, son de Madrid; el espíritu de oposición, más que de Madrid, es un rasgo del carácter hispánico, ya estudiado como *defoulement* psicoanalítico, aunque en Madrid, alquitara de España, se presente muy a las claras. Azorín parece indicarnos que estas características provienen —o al menos están condicionadas en parte— del medio físico. Posiblemente tiene razón. «L'individu est dans le

(9) AZORÍN, *Madrid*, Biblioteca Nueva, 1941, págs. 88 y 89.

(10) R. MESONERO ROMANOS, *Escenas Matritenses*, Ed. Aguilar, página 843.

milieu, le milieu est dans l'individu» (11). Desde luego, entre el madrileño y el provinciano se advierte en seguida una gran diferencia de agilidad mental, de viveza, de ingenio, aunque muchas veces no pase de una amable superficialidad. Pero el madrileño, como vulgarmente se dice, las coge al vuelo. Por eso la vida callejera en Madrid resulta tan agradable, y en comparación, al salir de la capital, los provincianos, al menos desde un punto de vista superficial, nos parecen romos, torpes, un poco parados.

Madrid, en medio del desierto, tiene un fondo que mirar y donde mirarse; un accidente natural que ha ejercido sobre el madrileño, con su presencia vigilante, una acción parecida a la que sobre la pasión agitada y no siempre limpia tiene la ejemplaridad inmutable, la conducta nítida. Este accidente natural, la Sierra del Guadarrama, ha hecho más por purificar el espíritu de Madrid que todo lo que hayan podido hacer en este sentido los hombres de buena voluntad; y es más, cuando estos hombres de buena voluntad se han sentido débiles para luchar contra las miserias del mundo bajo, han pedido ayuda y fortaleza al noble Guadarrama. Han buscado en el retiro de sus roquedas, en el aire fresco y tonificante de sus cumbres, en el incienso, casi litúrgico, de sus esencias campesinas, argumentos para combatir las trampas de la sociedad, el enrarecimiento de las covachuelas ministeriales, el ambiente caliginoso de la ciudad.

Desde allí bajaban los hombres curtidos por el sol y la ventisca, con ramas de tomillo y de romero que luego mantenían la presencia del amigo en los gabinetes silenciosos de trabajo. La sierra y todo lo que de ella provenía purificaban a Madrid, que tenía conciencia de sus pecados, pecados de baja política, de medro, de chulapería, de desgarró. Los que eran asiduos de la montaña sabían que aquellos titeres del tablado cortesano no se atreverían con el viejo titán, del que siempre habían temido «el suave viente-cillo nordeste, humedecido con las moléculas núbicas de Somosierra, y apellidado *aire de Madrid, que mata un gigante y no apaga un candil*» (12). Al salir del café o del teatro echaban como una mirada de soslayo al enemigo y, medrosos, apretaban un pañuelo contra la boca.

---

(11) MIKEL DUFRENNE, «La personnalité de base. Un concept sociologique». *Presses Universitaires de France*, pág. 37.

(12) R. MESONERO ROMANOS, Ed. Aguilar, pág. 889.

El Guadarrama, personaje mitológico, amigo de unos, enemigo de otros, ha deslindado los campos de la vida madrileña: o conmigo o contra mí; ha modificado las costumbres; ha dado lecciones de soledad, de recogimiento; ha hecho meditar acendradamente; ha creado una ética y una moral de pureza activa, de alegre renunciamiento a veces; ha influido en la estética literaria y artística. Si el Guadarrama no hubiera estado a las puertas de Madrid y los hombres de la capital, que es como decir los hombres de España, no hubieran podido acercarse periódicamente a las aguas lustrales de sus arroyuelos y manantiales, seguramente el espíritu de estos hombres hubiera sido distinto y la suerte de España otra.

Con el acercamiento a la sierra, en el que tanta parte le cupo a la Institución Libre de Enseñanza, coincide en España el nacimiento de toda una estética, que tiene sus más puras raíces en el primitivismo medieval, en el Romancero, en Berceo, en Jorge Manrique y el Arcipreste de Hita.

Los hombres que frecuentan el Guadarrama tienen también en la capital otro santuario: el Museo del Prado. Si hubiera podido hacerse una estadística, habríase visto que los más asiduos a uno y otro lugar eran los mismos. Entre la Sierra y el Museo del Prado se establece un puente espiritual: entre el paisaje real y los fondos azules y nevados de Velázquez, entre el cancionero y las tablas ingenuas de los primitivos. Una ventana a la sierra y una reproducción del Greco para soñar el futuro de España.

Los intelectuales de toda una época significativa (1890-1930) de la historia de España están espiritual y físicamente unidos a la Sierra madrileña; incluso buscan la manera de que su vida cotidiana se acerque todo lo más a ella y establezcan, si es posible, sus moradas en las alturas de Chamartín, en los lugares despejados de la periferia, donde se pueden enfrentar cara a cara con el amigo.

«¿Eres tú, Guadarrama, viejo amigo,  
la sierra gris y blanca,  
la sierra de mis tardes madrileñas  
que yo veía en el azul pintada?» (13).

Madrid, ciudad un tanto confinada y compacta, como una alcoba mucho tiempo cerrada, busca horizontes, ventanas por don-

(13) A. MACHADO, *Poesías completas*. Edición 1936, pág. 121.

de ensanchar el horizonte de España, de una España también confinada y hermética. Durante un tiempo, la palabra horizonte es una palabra mágica, incluso en boca de aquellos caseros interesados en alquilar sus habitaciones. «Mire usted desde este balcón. ¡Qué horizontes!... No tiene usted nada que le tape la sierra.»

Madrid acaso sea un desierto, pero con una sierra al fondo, y no es exagerado decir que sin ella no hubiera podido materialmente existir. La sierra es lo que sostiene a Madrid, y cuanto más crezca la ciudad, más necesitará su benéfico auxilio.

### MADRID, FUNDADO Y NO FUNDANTE

«Madrid la Ursaria, cercada de fuego, fundada sobre agua», es la ciudad de la inestabilidad, la ciudad flotante por excelencia, pues de su misma población puede decirse que es toda ella población flotante, lo mismo la que está de paso que la que permanece de estada: población sin raíces, desarraigada. Una ciudad con fundamentos tan movedizos como el agua y tan peligrosos como el fuego (con lo que se hace mención a las múltiples venas o conductos de agua de su territorio y a la sílice o piedra de fuego de su geología), puede ser una ciudad fundada, pero nunca una ciudad fundante; una ciudad que se sostiene por equilibrio de fuerzas, pero que no sirve de punto de apoyo para que otras fuerzas disparen su actividad fundante. Este es el caso del Madrid histórico.

Madrid es una ciudad fundada (lo contrario de ciudad desarrollada) desde que se convierte en una corte, y rápidamente en una corte barroca. Antes había sido una villa medieval no desprovista de atractivos naturales, con aguas abundantes a su tamaño (unos 30.000 habitantes), con arbolado, que quedó malparado para construir apresuradamente los palacios de la nobleza y viviendas de los cortesanos, y con una pequeña, pero orgánica, economía agraria, eliminada por inservible a la nueva ciudad consumidora. Desde entonces, Madrid quedó instaurada en capital artificial —la primera del mundo moderno, según hemos dicho—, por voluntad de Felipe II, que en 1561, sin declaración previa, trasladó la corte a Madrid y trajo a ella el Sello Real de los Tribunales y la regia servidumbre, que a la sazón se hallaban en Toledo.

Para acabar de completar el cuadro de la artificialidad madrile-

ña, cayeron sobre la nueva corte, en forma de lluvia argentífera, las riquezas de América, los lingotes de Potosí y México. R. Trevor-Davies, en su breve estudio «Madrid bajo la Casa de Austria» (14), pinta así la situación: «Las minas de Potosí derramaron en España poderosos torrentes de plata que trastornaron toda la economía de Europa y empobrecieron a Venecia y a otras grandes ciudades del Mediterráneo. Antes de terminarse el siglo XVI, el rey de España recibía una renta anual aproximada de 4.000.000 de libras, sólo de las minas de América —una suma dieciséis veces mayor que la renta media anual de la reina Isabel de Inglaterra—. Las importaciones de plata elevaron los precios vertiginosamente en todos los países de Europa, pero más que en ninguno en España, que, consiguientemente, se convirtió en un magnífico mercado para vender, pero inabordable para comprar». Es decir, la lotería americana produjo exactamente lo que menos convenía a la mentalidad española, siempre contraria a la industria y oficios mecánicos. Acabó por convertir todo el país en una inmensa boca consumidora y por empobrecerlo. Un mercado al que todos podían venir a enriquecerse, pero al que nadie podía acercarse a comprar nada. La artificial capitalidad madrileña se convirtió en símbolo del país todo. España pudo confundirse con el Madrid, brillante y pordiosero a la vez, de la Edad de Oro, con la ciudad fundada y no fundante, receptiva y no productiva, absorbente y no expansiva.

Esto acabó por constituir una mentalidad madrileña *sui generis*, basada en la imprevisión y en el azar, en la que falta el estímulo del ahorro y el hábito del esfuerzo y que, por consiguiente, no da valor a los bienes materiales. Así, Madrid, después de ser rico, pudo encontrarse pobre sin inmutarse demasiado. Le pasó lo que a los dineros del sacristán, que cantando vienen y cantando van. Pero le quedaba su tiempo, su sol y su ir pasando. Sólo cuando algo de esto se le quita —ha dicho Gómez de la Serna— se siente robado, desnivelado, cargado de trampas hasta la desesperación. «En otros sitios —según el mismo escritor madrileño— se espera ser rico alguna vez, poder tener, a lo menos, una renta vitalicia que calme la vejez, acabar dejándose proteger por parientes acomodados; pero aquí no se espera nada, y por tanto, se goza el día con avidez, sin mezclarlo de convencionalismos ni recepciones. La vida

---

(14) R. TREVOR-DAVIES, «Madrid under the House of Austria», apud *Golden Ages of the Great Cities*, London, New York, 1952, pág. 194.

no tiene un último plan colonizador ni se preparan mercados futuros» (15). «Es éste un pueblo sin ambición, con durezas paleontológicas, que sólo tiene su vivir al día con la sola inspiración de la hora, con la amistad del compañero reciente en la mesa de al lado, en el café o en la terraza de la casualidad» (16).

Adoptando la clasificación de Erich Fromm diríamos que ésta es una mentalidad receptiva. En efecto, este autor (17) establece cuatro tipos de carácter entre las orientaciones no productivas: a), la receptiva; b), la explotadora; c), la ahorrativa, y d), le mercantil. (Receptive, Exploitative, Hoarding y Marketing). Es indudable que Madrid, ciudad no productiva, corresponde al carácter receptivo y podría decirse que si todas las ciudades, por su complejidad, participan de diversos caracteres, Madrid, por su funcionalidad muy simple —al menos hasta ahora—, es casi un puro *specimen* del carácter receptivo. Define así Fromm esta orientación: «La fuente de todos los bienes está en el exterior, y el único camino para alcanzarlos que estos hombres desean es recibirlos de fuente ajena. La gente de orientación receptiva es optimista y amigable; tiene una cierta confianza en la vida y en los bienes de la vida» (18).

Este carácter así definido por Fromm corresponde bien al carácter madrileño, ligero, acogedor, optimista y un tanto satisfecho de sí. El madrileño tiene el orgullo de serlo, en parte porque el ser de la capital le da, para su capote, una cierta importancia, un ingenuo complejo de superioridad. Madrid, que «no ha inventado la palabra denigrante del extranjero, ni *meteco* ni *gallego*» (19), porque cualquier actitud acre o denigratoria ante los demás contradiría a su carácter receptivo, solamente siente en general ante el provinciano, y sobre todo ante el rústico, una cierta superioridad y un cierto desdén irónico, pero benévolo. Para el madrileño, todo aquel que no ha pulido su persona con los finos barnices de la capital es un *paleta*, un *cateto*; es decir, una persona rústica, un aldeano. Para el madrileño, todos sus compatriotas son, sin remisión, un poco aldeanos. ¿Pero de qué se envanecen los madrileños? En realidad,

(15) R. GÓMEZ DE LA SERNA, *Elucidario de Madrid*, Madrid, 1931, páginas 19 y 20.

(16) *Ibid.*, pág. 19.

(17) ERICH FROMM, *Man for himself*, New York, 1947.

(18) *Ibid.*, pág. 63.

(19) R. GÓMEZ DE LA SERNA, *op. cit.*, pág. 20.

de nada sólido: ni de su poder, que no lo tienen; ni de su influencia, que consiste en no ejercerla; ni de sus instituciones, que son de todos; ni de su fortuna, que no existe; ni de su laboriosidad, que no sería elegante exhibir; ni de sus monumentos, que tampoco les interesan demasiado. En fin, de nada contante y sonante. Presumen de ciertas cosas vagas que ellos consideran intransferibles y que los demás no comprenden, y al no comprenderlas les irritan. Presumir de haber subido y bajado muchas veces la alegre calle de Alcalá y poder tutear a la Cibele; presumir de acuñar la frase hecha en esa academia madrileña cuyo diccionario de modismos varía cada día; presumir de estar desengañados de todo sin amargura y ver las ambiciones de los demás sin resentimiento; presumir de su falta de prejuicios y de no tomar en cuenta los prejuicios de los demás; presumir, en fin, de ser espectadores y de tomar la vida como espectáculo. Rasgos todos de ese carácter inaprehensible del madrileño, mordaz, pero benévolo; un poco nihilista, pero nunca angustiado ni dramático; negativo, pero no negador; llano, pero no nivelador; egoísta, pero no acaparador; autoafirmativo, pero no dominante.

Un pueblo así tiene que tener su sistema propio de valores, que también se funda en lo inaprehensible e inefable y cuya categoría suprema consiste en un acendrado madrileñismo, en interpretar fielmente el ser madrileño. Este pueblo no tiene, como los que están regidos por oligarquías industriales, una superestimación de los valores económicos. Para los madrileños no existe el sentido reverencial del dinero, de que hablaba Maeztu, y en Madrid —para la escala valorativa de Madrid— un millonario puede ser un pobre hombre. En pueblos industriales (Bilbao, Barcelona), la respetabilidad, la influencia, la categoría humana, en fin, dependen del estado de la cuenta corriente.

La aristocracia de sangre, en cambio, ha tenido una influencia decisiva en la modulación de la vida madrileña (no podía ser otra cosa en una ciudad eminentemente cortesana durante varios siglos, y su escala jerárquica coincide más que la del dinero con la peculiar escala madrileña de valores; pero en Madrid, sin embargo, no ha tenido nunca el carácter dominante que en las sociedades feudales. «Porque Madrid, siendo una ciudad de señores y de señorío, no ha sido una ciudad feudal, acaso porque el señor debe procurar distinguirse en sus estados y entre sus súbditos, pero no tiene por qué

hacerlo entre sus iguales y cuando todos están nivelados bajo el monarca y no consideran al pueblo como vasallo, sino como comparsa de una vida alegre. De aquí que pueblo y aristocracia se hayan fundido en Madrid como en parte alguna, dando a la vida un tono afable y algo pintoresco, de todas maneras más agradable, sobre todo para el espectador superficial, que el tono serio y laborioso, ponemos por caso, de una ciudad comercial o fabril» (20). Conviene no confundir esta fusión de clases alta y baja (saltando por encima de la clase media burguesa) que se ha operado en Madrid casi siempre —aunque con distinta intensidad, según las épocas—, con la tendencia al acercamiento de los niveles de vida. En España, y por consiguiente en Madrid, ha existido siempre una gran diferencia de clases, una enorme distancia social, si por distancia sólo se entiende el *status* económico o incluso representativo; pero esa fusión, sin embargo, ha existido y ese acrecentamiento social también, en otras dimensiones menos formales que la del rango o de la economía. Muchas veces las grandes diferencias sociales han desaparecido en el área de las costumbres, de la conveniencia circunstancial, de la participación común en festejos colectivos, etc. No solamente se ha producido en Madrid la influencia unilateral de las clases altas sobre las bajas, sino que también ha existido la recíproca, la de las clases bajas sobre las altas. La aristocracia madrileña, que es como decir la española, ha sufrido muchas veces la influencia de las clases populares, de sus costumbres, de su lenguaje, de su majeza, tronío y casticismo. Los aristócratas, desdeñando las sólidas virtudes burguesas, han tenido casi siempre el orgullo de ser castizos, tomando por casticismo las manifestaciones externas de una clase baja urbana, donde lo instintivo y primitivo de su condición se mezclaba con cierta afectación y formalismo típicos. Esto ha producido repercusiones poco favorables en la conducta de las clases aristocráticas, que muchas veces ha perdido en ejemplaridad lo que ha ganado en llaneza y campechanía. Esta llaneza ha estado muchas veces al borde del descaro y hasta de la chulapería, y se han trasladado a las esferas elevadas de la corte y de la gobernación del país hábitos y actitudes del pueblo bajo, poco recomendables en ninguna parte y menos en los escalones más altos y de mayor res-

---

(20) F. CHUECA, *El semblante de Madrid*, Madrid, 1950, pág. 40.

ponsabilidad de la sociedad y la política. Pero, para bien o para mal, esta mutua imitación e influencia recíproca de las clases extremas dentro de Madrid ha sido una de las características de la idiosincrasia social de la villa y corte.

La inexistencia de una clase media, de una burguesía operante (aniquilada en gran parte la burguesía medieval) en la España moderna y sobre todo en Madrid, que pronto se apropió todos los vicios y defectos de las cortes barrocas, hizo más fácil este salto directo y sin escalas intermedias entre la aristocracia y el pueblo. «Uno de los rasgos necesarios de la vida fastuosa barroca —ha dicho Mumford— era el de tener como base un proletariado servil... Los gentileshombres que deseaban una gran servidumbre se vieron obligados a recurrir a los pobres y a los miserables». «Los lacayos y los sirvientes de toda clase, cuando no eran traídos del campo, eran tomados de la multitud que acudía a la metrópoli» (21). Ya madame d'Aulnoy, en su «Viaje por España», se asombró de la enorme proporción de criados que vivían en la corte, lo que le llevó a decir que era una ciudad habitada exclusivamente por duques y lacayos. Entre estos criados y muchas veces confundiendo con ellos, tanto que resultaba difícil marcar las fronteras, pululaba un enjambre de pícaros, escuderos, matachines, soldados en barbecho, mendigos y tahures, todos miembros de una sociedad viciada por el mal ejemplo de la corte, «donde el placer era un deber, la pereza un servicio, y el trabajo honesto la forma más baja de la degradación» (22).

Andando el tiempo, en el año 1850, Madrid, con una población masculina de 105.000 habitantes, contaba con 8.000 criados, 1.500 mozos de cordel, 1.000 aguadores y 2.500 mendigos, sumando juntos 13.000, es decir, más que el número de jornaleros, que entonces era de 11.000. Entre las mujeres, que sumaban 115.000, existían 18.000 criadas y 400 nodrizas (23). En total, la población servil reconocida (no podemos evaluar esa otra más o menos imprecisa que linda con ella) y los mendigos llegaban a la cifra de 19.400, sobre 220.000 habitantes, lo que supone aproximadamente

---

(21) LEWIS MUMFORD, *La cultura de las ciudades*, traducción española (s. a.), I, págs. 204 y 205.

(22) *Ibid.*, pág. 184.

(23) D. P. J. M., *Madrid en la mano y el amigo del forastero...*, Madrid, 1850, págs. 68 y 69.

el 9 por 100. Un siglo más tarde, en 1950, sobre 1.493.000 habitantes, el número de domésticos es de 65.000, es decir, alrededor del 4 por 100.

Si las clases aristocráticas y populares han moldeado el carácter de Madrid, y muy poco, o casi nada, la burguesía, cuyas virtudes —como la laboriosidad, el ahorro, etc.— han fructificado apenas en la villa y corte, en cambio, los grupos intelectuales, artísticos, etcétera, han ejercido sobre él un influjo patente. Estos grupos, como en general dice Sorokin, aunque pequeños, ejercen una influencia mucho más grande de lo que su tamaño sugiere (24).

En Madrid se han concertado, desde que fué erigida en capital, todos los hombres sobresalientes del gobierno, la literatura y las artes; los falsos y verdaderos grandes hombres, los ingenios más brillantes y los artistas de más relieve. Si se hiciera un estudio de las personalidades citadas en una enciclopedia (v. g., el Espasa) desde el siglo XVII hasta la actualidad, y se determinara el porcentaje de las que han pasado la mayor o gran parte de su vida en Madrid, quedaríamos, desde luego, asombrados. Esto, sin duda, sucede de igual manera en otras capitales políticas; pero, puesto que estamos refiriéndonos a una de estas capitales, es obligado que caigamos en muchos rasgos que son comunes a las que ostentan este rango. De la misma manera, si analizáramos el carácter de un monarca, qué duda cabe que encontraríamos prejuicios, actitudes, formas de conducta, que corresponderían por igual a otras testas coronadas.

Lo interesante sería saber qué postura ha tomado el madrileño llano ante el tablado de su propia casa, al que acuden de consuno los divos de todas las provincias. El madrileño, analítico e irónico, poco propenso a dejarse alucinar o entusiasmar por nada, ha buscado en demasía su defensa propia en el repliegue despectivo. La teoría de Mesonero Romanos, de que luego hablaremos, consiste en justificar el desencanto del madrileño ante tanta monstruosa reputación y tanto ídolo falso, porque «en presencia de ellos no hay ilusión posible y la esperanza desaparece del pecho dotado de la más ardiente caridad» (25). Pero si es cierto que el roce con las perso-

(24) P. A. SOROKIN: *Society, Culture and Personality*, New York, London, 1947, pág. 232.

(25) R. MESONERO ROMANOS, op. cit., pág. 683.

nas influyentes puede llevar el desencanto, también es verdad que el madrileño es un ladino, *a priori* desencantado de todo. Si en Madrid hubiera existido un pueblo más ingenuo e inflamable, la vida intelectual de la capital hubiera resultado menos raquítica de lo que en realidad fué, y las élites españolas hubieran encontrado un fondo, un basamento donde apoyarse, una masa a la que poder influir. Pero a los capitanes de la cultura española, concentrados en Madrid, les faltan soldados y dan un poco el espectáculo lastimoso de muchos generales inactivos que estuvieran en expectación de destino. Por eso, la vida intelectual madrileña tiene algo de corrillo o patio de vecindad, donde los problemas se muerden la cola. Los hombres de letras discuten entre sí, se encrespan, se agitan, se calman y vuelven a empezar. A su lado, la indiferencia, casi la nada. Es una fábrica que lanza productos para que sus obreros los consuman, una universidad que forma a sus alumnos para hacerlos catedráticos. No sé si estos productos merecen o no un mercado más amplio; pero, sea como sea, resulta imposible que prospere una empresa si no tiene consumidores, y en este aspecto los madrileños, desencantados *a natiuite*, son un terreno demasiado ingrato. Madrid, por todas partes que lo tomemos —por su origen, por su constitución, por su forma de ser—, no es sino una ciudad fundante.

#### TEORÍA DEL MADRILEÑO TÍPICO

La teoría del madrileño típico tiene que ser, por lo que dijimos en un principio, una teoría funcional. Es la teoría del madrileño como instrumento social más que como hombre de carne y hueso. En una palabra, no se trata de personalidad estricta, sino de patrones de personalidad que constituyen la pauta de un medio socio-cultural. Por consiguiente, hay que partir de los patrones madrileños de personalidad que corresponden a una función única de Madrid, que es la capital artificial del país. Esta función única puede diversificarse en el futuro y entonces variarían también estos patrones de personalidad. Pero el abordar el caso de Madrid como ciudad multifuncional haría perder claridad a la definición personal del madrileño. Por consiguiente, nuestra teoría va a basarse en un madrileño que vivió alrededor de 1840, en una época en que Madrid cumplía estrictamente su función predominante, sin extenderse

en actividades de otra índole, en que Madrid era químicamente puro. Hemos escogido esta fecha, aparte de lo antedicho, por ser la que corresponde al madrileño que retrató don Ramón de Mesonero Romanos, el único escritor español —al menos que nosotros sepamos— que ha intentado una interpretación o teoría del madrileño, que es la que nosotros vamos a glosar. Esta teoría coincide con nuestro punto de vista funcional y no contradice lo que hasta el momento llevamos diciendo sobre el madrileño. Puede afirmarse que se encuentra implícita en toda la dilatada producción de «El Curioso Parlante», pero más explícita y perfilada en tres de sus numerosos artículos: *Inconvenientes de Madrid* (publicado en la serie «Escenas matritenses»), *Carácter de los habitantes* y *El Forastero de la Corte* (publicados estos últimos en «Tipos y Caracteres»).

La tesis de Mesonero Romanos puede resumirse así: Los madrileños, a pesar de estar adornados de las mejores prendas, por una educación regalada, por las seducciones de la corte, por amor propio (¡qué pocos son los hombres que acostumbran a desnudarse entre sus convecinos!), por el desencanto que les produce hallarse desde su nacimiento en el teatro mismo de la intriga, claudican en su propia patria, desmienten el refrán aquel de que «cada gallo canta en su gallinero», para hacer bueno el otro de que «nadie es profeta en su tierra», y dejan al forastero el campo libre, quedándose en la escéptica posición del espectador desengañado. Nosotros añadiríamos que en esta postura expectante existe también un punto de orgullo, orgullo intransferiblemente madrileño, que reside en acotar en el centro mismo de la batalla una inexpugnable zona de intimidad. No en balde el primer madrileño de los tiempos modernos hizo de la palabra espectador anuncio de algunas de sus más íntimas y fecundas reflexiones.

«A excepción de Su Majestad la Reina —escribía Mesonero Romanos en tiempos de Isabel II—, apenas hay en el Alcázar Real ningún hijo de Madrid; en el Congreso y Senado, siempre están, con muy ligera excepción, representados los madrileños por naturales de otras provincias. Abogados gallegos, extremeños y montañeses; médicos catalanes y comerciantes ídem; oradores andaluces; poetas de todas partes; artistas meridionales y levantinos; criados asturianos; sastres, peluqueros, modistas, guanteros, tahoneros franceses; músicos y danzantes italianos; taberneros manchegos; tenderos castellanos; criadas y librerros alcarreños; mercade-

res ambulantes valencianos y aragoneses, y pretendientes de todas ciudades, villas, lugares y caseríos del reino. Tales son los diversos elementos de que se compone la población de Madrid» (26).

El provinciano que llega a Madrid se siente agitado, en constante y tensa vigilancia, como el gladiador en el circo. En lucha desde la juventud, tratando de abrirse camino en las oposiciones, en el periodismo, en la literatura, en las artes, en los negocios o en la política, adquiere una determinada vivencia de Madrid cuyo origen no hay que buscarlo tanto en la ciudad como en su personal aventura y circunstancia. Para él, Madrid es la arena de sus luchas y, sin querer, culpa al escenario de su propia angustia, lo identifica con ella. Esta psicología del provinciano en Madrid, de ese provinciano que ocupa generalmente los puestos que están más cerca de las candilejas de la fama, es la que contrasta con la del madrileño típico, que observó Mesonero Romanos. No puede entenderse la teoría del madrileño típico sin esa otra que le sirve de contrapartida y reactivo: la teoría del provinciano en Madrid. Sobre ésta valdría la pena extenderse, si no nos saliéramos de los límites que nos hemos impuesto.

Para muchos ilustres españoles llegados a Madrid en los años decisivos de la juventud, ya vimos que la primera sensación fué de náusea. ¿No sentirá lo mismo el *espada* que pisa la arena, ganoso de gloria, ante el círculo de miradas que lo envuelven? Estas primeras impresiones quedan grabadas para siempre. Luego, sigue la agitación a lo largo de la vida por figurar siempre en los carteles. El provinciano que ha llegado una vez a Madrid cree que a Madrid no se le puede perder la cara. Es necesario que su presencia no se olvide en las tertulias influyentes, que su nombre no deje de martillar las linotipias, que sus pasos resuenen frecuentemente en las antecámaras donde se cotizan las reputaciones. Esto crea una psicología un tanto frenética, que es la del provinciano en Madrid, en un Madrid que él a menudo condena, sin pararse a pensar que es obra suya o espejo de su mismo frenesí.

Mientras tanto, «los hijos de Madrid, educados en el regalo de sus casas, acostumbrados a la vida halagüeña y al ambiente de los salones, no pueden luchar en perseverancia ni en intención con los infinitos contendientes que de todas partes vienen a disputar un poder que ellos están acostumbrados a mirar sin ilusión y sin de-

---

(26) Ibid. págs. 686 y 687.

seos; poder efímero que les ofrece tan repetidas peripecias y que suelen contemplar con la sonrisa de la sátira o con la más desdeñosa indiferencia. Por eso no es de extrañar que rehuyan en general la lucha, que por otro lado les ofrecería mucha desventaja, como que habrían de sostenerla con los más valientes campeones de las provincias, que a su mérito individual reúnen la ventaja del interés que inspira el forastero» (27).

Con esta manera de ser, los madrileños, como movidos por una fuerza ciega que convierte a los seres en instrumentos inconscientes, como el lepidóptero transporta entre sus patas el polen impalpable y convierte el placer de mariposar en fecundo cometido, lo que hacen es fecundar el campo de la convivencia española, explicar lecciones de afabilidad a todos; en una palabra, cumplir su función. «Esto, ciertamente, no es ni puede ser lo más provechoso para ellos, pero sí para el forastero, que, acogido desde el primer momento en su intimidad, abiertas para él las puertas de las sociedades públicas y privadas, facilitadas las relaciones y asegurados en boca de los naturales otras tantas trompetas de su fama, puede aprovechar los momentos, ir derecho al fin que anheló, elevarse sobre tan pródigo pedestal o incorporarse naturalmente en una sociedad que así le tiende los brazos y le humilla todas la barreras» (28). Madrid, bien pudiera adoptar como mote de su desinteresada actitud, de su técnica propia: *Ars est celare artem*.

Madrid tiene y cumple el curioso cometido de sostener la fábrica de reputaciones que abastece a todo el país sin dejar ningún dividendo a sus propietarios. Ya lo dijo el tan citado Mesonero:

«Taller de reputaciones,  
tal es su especialidad;  
la *Guía de Forasteros*  
es su balance industrial» (29).

*En resumen, Madrid es la trompeta de la fama para todos menos para sí mismo; Madrid casi se desvanece en esa colorida im-*

(27) Ibid, pág. 688.

(28) Ibid, págs. 851 y 852.

(29) Ibid., pág. 982. La *Guía de Forasteros* era el Almanaque del Reino en el que figuraban todas las dignidades de la Corte, del Estado, de la Iglesia, del Ejército, de la Judicatura; todos los miembros de la Nobleza, de las Ordenes militares, de las Academias, de las Instituciones. etc.

presión que produce lo hispánico. Ya se ha hecho tópico el decir que es la capital que tiene la ventaja de encontrarse más cerca de España. Hasta tal punto y con tal delicadeza lleva Madrid el cuidado de no obstruir, de no interferir, de no levantar su voz, ni de empinar su yo. En el centro de España y sobre el alto pedestal de la meseta, no cabe mayor escrúpulo ni mayor condescendencia.

FERNANDO CHUECA

